

FANTASMAS

Giordanino, Analía

Fantasmas / Analía Giordanino. - 1a ed ampliada. - La Plata: Contramar, 2020.

174 p. ; 17 x 12 cm. - (Narrativa ; 9)

ISBN 978-987-47628-0-1

1. Relatos. 2. Cuentos. 3. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

Colección Narrativa.

Imagen de portada: Lucio Lezcano.

Diseño: Contramar Editora.

Contramar Editora

www.contramar.org

info@contramar.org

Queda hecho el depósito que marca la ley N° 11.723

Impreso en Argentina.

Este libro se terminó de imprimir en julio de 2020,

Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

ANALÍA GIORDANINO
FANTASMAS



Analia Giordanino nació en Santa Fe, en 1974. Es profesora en Letras por la Universidad Nacional del Litoral. Publicó los volúmenes de poesía *Nocturna* (Diatriba, Santa Fe, 2009), *Terrícola* (Iván Rosado, Rosario, 2015) y el libro para chicos *Canciones Faunas* (Libros Silvestres, Rosario, 2016), con ilustraciones de María Zeta. En 2008 salió la primera edición de *Fantasmas* (Ediciones UNL, Santa Fe, 2008) y luego *Los impuros* (Editorial Nudista, Córdona, 2017), títulos de cuentos. En 2018 se publicó *La Ripley* (EMR, Rosario, 2018), ganadora de la edición del Concurso Regional de Nouvelle EMR 2017.





Escribí estos cuentos hace doce años, salvo el último, que es actual. A principios del dos mil todo se derrumbaba en Argentina; yo leía y escribía sin las exigencias de un circuito de pertenencia, pero también en ese horizonte solitario.

En 2007 llegué de visita a la casa familiar y mi madre me dijo: te recorté del diario un concurso. Yo tenía sesenta páginas escritas y pedían ochenta como mínimo; escribí las restantes en un par de semanas, se las leí a una amiga, y envié.

Fantasmas se publicó en 2008 inaugurando la *Colección Los Premios* de la Editorial de la UNL. Hebe Uhart estaba en el jurado; yo recibí el Greca en la categoría Inéditos. Graciela Pacher, poeta entrerriana, y Sonia De Monte, narradora mendocina, también integraron el jurado.

¿Cómo escribir sin pensar en qué hace uno cuando escribe? En los '90 había una realidad rota y ficcionar ese momento fue acción de supervivencia para mí. Quería narrar lo extraño de esta ciudad, en un tono gris. Consideraba que mi ciudad, Santa Fe, era gris, sólo un territorio de paso hacia otras ciudades donde emigraban mis amigos. Es un fantástico ensombrecido o un realismo de doble fondo el que aparece en estos cuentos: las atmósferas y los escenarios enrarecen el devenir de los hechos, lo íntimo, lo gestual, lo corporal, es signo de una oscuridad que no se termina de revelar, salvo en el cuento "La casa de los ojos despiertos", de terror onírico. Por otro lado, siempre me interesaron el borde, el segundo plano, los personajes descentrados, con un habla propia. Yo afinaba el oído e intentaba escribir en lenguas, por así decir. Hoy es fundamental para mí que la escritura sea sonora. Una narrativa que cante al oído es la que prefiero, quizás porque también escribo poesía.

Yo leía a Horacio Quiroga, Poe, Lovecraft, Miguel Briante, Silvina Ocampo, Borges. Me tenía fascinada Lorrie Moore: había comprado sus libros en mesa de saldo y no podía creer que el tono de la desgracia existiera y alguien se hubiera

desprendido de ese tesoro. Las Nueve Historias de Salinger tenían un tono amado por mí. Empezaba a leer a Carson McCullers y Flannery O'Connor, había quedado pegada a las atmósferas de “La campana de cristal” de Sylvia Plath, y a los cuentos de Jane Bowles en “Placeres sencillos”, y había descubierto a Capote. Algunas de estas lecturas aparecen como un eco en *Fantasmas*, o yo quiero creerlo.

En esta nueva edición conservamos los relatos que narran un territorio y algunos espacios de circulación habituales para mí en ese momento: la escuela, el hospital, los bares, el cementerio. Hay dos relatos que ubican la acción en otro lugar y uno escrito a partir de un sueño, pero el resto son relatos de esta ciudad. Me hace muy feliz incluir un cuento nuevo, que dialoga con los que elegimos para esta edición, y que propone una Santa Fe extendida y no urbana. Agradezco especialmente a los editores de Contramar, quienes leyeron y trabajaron con rigurosidad, paciencia y afecto, con la obra y conmigo.

Analía Giordanino



CATWOMAN



La soledad. Es verdad, hace cosas terribles.

Si tuviera que hablar de los objetos que me rodean, no tendría mucho que decir. Tengo muchos más objetos personales que me han regalado otras personas que aquellos que he podido yo elegir. La mayoría de ellos tiene su propia historia, historias que desconozco: la máquina de coser de una de mis abuelas, no de la que cose; la abuela con la que me he criado es la que cose, no la que me ha regalado la máquina de coser. Con la máquina me ha venido en uno de sus cajones una pipeta o aceitera, mejor dicho una aceitera de máquina, hecha en Italia. Es curiosa, tiene una boca puntiaguda muy fina y muy larga, como el pico de un picaflor; por allí supongo que se volcaría el aceite.

Las sillas y la mesa son regalo de un amigo que se ha ido a vivir afuera por razones de trabajo, y también por propia elección. Bueno, ambas razones son la misma, o se confunden, no sé, lo que

hace avanzar la vida, las decisiones. También son de Lisandro las dos camas, y el ropero marrón, que por estos días se llena de humedad, una especie de pelusilla verde que debo limpiar. También se le ha roto uno de los cajones inferiores; no es un ropero de muy buena calidad, pero me lo ha regalado Lisandro.

El sillón es de Miranda, en préstamo hasta que compre su terreno y construya su casa, o sea que lo tendré por varios años, pero algún día tendrá que irse, como todas las cosas. Le he puesto la manta que he comprado hace años en Uruguay, una manta tejida con hilos de colores azul y naranja. Está tan gastada que los colores se distinguen poco, aunque a veces creo que soy yo, que por momentos no veo muy bien, a pesar de que uso anteojos. La cama que está en el living funciona también como sillón de día, pero duermo allí de noche, ya no duermo más en la habitación. No he podido volver a ella, es extremadamente fría, y en verano no se soporta. Esta casa tiene los techos demasiado bajos y poca luz, a pesar de que dejo abierta la ventana siempre que puedo.

La cama en la que duermo tiene el cubrecama que me ha tejido mi abuela la que cose. Tejida al

crochet, un trabajo de hormiga, como se dice. Yo no podría hacerlo, no tengo la paciencia suficiente. Quizás cuando sea vieja, es decir, más vieja, pueda. No tendría a quién regalárselas, es decir, no tendría nietos, aunque seguramente sí tendría amigos. Quizás puedan ponerlas en las camas de sus hijos. Es curioso, ninguno de mis amigos ni yo misma hemos tenido hijos. Dos de ellos sí, pero bueno. Ya no es lo mismo.

Tengo el reloj de mi abuelo, un reloj a cuerda, francés; la cuerda hay que dársela cada ocho días, es lo que dura, pero siempre me olvido, y muchas veces ando con la hora atrasada, así que tengo que mirar el reloj de plástico amarillo. Mi abuela la que cose decía que no hay que tener los relojes atrasados, porque se atrasa la casa.

Cuando era niña, mi abuela silbaba en el patio, mientras colgaba la ropa. Yo me despertaba los sábados por la mañana y mi abuela silbaba. La canción que más le gustaba silbar era “Caminito”, un tango. Se lo he cantado cuando han cumplido sus 60 años de casados. Hubo una fiesta grande, pero no quiero acordarme de ella, no por mis abuelos, sino por otras cosas. No hablaré de ello aquí.

A veces creo que nunca, jamás he sido lo que se dice una escritora, o lo que se entiende por ella. Sobre todo porque no he publicado. Ya lo he dicho en otro lado, y creo que ahora sé también que además de no tener oficio ni sistema, soy demasiado perezosa para trabajar en ello el tiempo que se requiere.

Lo que escribo resulta una especie de impresionismo de las cosas, me asaltan deseos incontenibles de registrar descripciones de rostros, de cuerpos, de existencias; la mía por ejemplo es recurrente, nunca he podido escribir ficción pura, si no lo he relacionado conmigo misma. Todo lo que escribo se refiere a mí misma, es imposible para mí desprenderme de mí. Entonces las cosas que escribo resultan algo así como una especie de diario, de proyecciones, puedo cambiar algunos nombres, algunas calles, pero jamás las impresiones, las acciones. Las acciones, eso es, no soy capaz de desarrollar acciones. Tengo una imaginación persistente, por decirlo de algún modo, pero no me gusta trabajar, es decir, escribir; me canso, me aburro, o no visualizo aquello que quiero decir, a dónde deseo llegar, que es lo importante. Capote siempre tenía escritos sus comienzos y sus finales, o al menos eso leí en alguna parte.

Por ejemplo, pienso en la mujer que vive a la vuelta de mi casa, le he puesto Catwoman, la mujer de los gatos, si bien no significa lo mismo. Es una mujer sola, alimenta los gatos de la cuadra. La veo parada delante de la reja antigua de una casa con ventanas y puertas tapiadas. Nunca supe muy bien por qué esa casa ha sido tapiada de ese modo, menos la ventana donde están los gatos y la puerta de entrada de la esquina. Antes tenía otra puerta de entrada, antes de que estuviera tapiada, y vivía allí una familia, con muchos hijos.

No sé por qué sé que Catwoman, que es vieja (ya me ocuparé de describirla), podría vivir mil años. O cualquier día podría salir en las noticias: “Hallaron muerta una mujer de 59 años, era pensionada y vivía sola. Nadie ha reclamado el cuerpo hasta el momento. El hallazgo de la mujer, realizado por unos vecinos, presentó un detalle macabro: fue encontrada en la cocina de su casa, rodeada por 17 gatos. Según declaraciones de los vecinos, los gatos eran del vecindario; la occisa los alimentaba todos los días”.

Debo describirla ahora aunque es muy tarde, y tengo que cerrar la ventana, por estos días los gatos merodean más de lo acostumbrado, quién

sabe por qué. Supongo que la extrañan, si puede decirse eso de los gatos.

Catwoman se viste con medias de nylon, medias cortas, de esas que si se las estira quedan a la altura de las rodillas, les dicen medias para pantalón. La he visto con medias así, la primera vez que la ví llevaba puesta unas medias así, de color amarillo fosforescente, arrolladas sobre los tobillos, entre caídas y dobladas. Yo creo que ella las dobla, le gustan así. Las lleva con zapatos blancos de salir, zapatos altos, de taco. Tiene unos pies delicados, de tobillos finos. Es muy flaca, delgadísima. Y tiene el pelo largo hasta los hombros, algo extraño a su edad; las mujeres de su edad llevan el pelo corto, quien sabe por qué, pero es una regla de esas sobre las que nadie pregunta. “Ya estoy grande, me voy a cortar el pelo”. Lo lleva largo hasta los hombros, de un color grisrubio; quizás ha ido a la peluquería alguna vez hace varios años, y así ha quedado su pelo, de ese color. Lo peina con una raya hacia el costado, como yo el mío. Le queda bien.

Ella es bonita. Tiene unos ojos enormes, siempre pintados con una rayita azul sobre la línea del contorno. A veces creo que pinta sus párpados de

color blanco, pero no estoy segura de eso, siempre la veo de noche, sólo dos veces la he visto de frente. Ahora que lo pienso, quizás tampoco estoy segura del contorno azul, pero creo que sí.

Tampoco estoy segura del color de sus ojos porque sólo dos veces la he visto de frente, la última vez ha sido el miércoles pasado. Sus ojos son enormes. No son tristes. Al principio creí que eran de un color amarillo luminoso, incluso blancos, pero creo que es el reflejo de la luz de la calle que le daba de frente sobre el rostro. No parece del tipo fantasmal, y de ninguna manera tiene un aire etéreo. Es casi más que humana, no sé cómo explicarlo. Tampoco tiene un aire desaliñado, sólo un poco descuidado. No creo que sea pobre. Sólo se viste de ese modo porque tiene esa ropa y ninguna otra. Seguramente tiene muchísima ropa, como la abuela de Alejandro.

Era casi unos meses antes de que nosotros dos rompéramos, como se dice en las traducciones de las novelas inglesas del siglo XVIII, y ella había muerto. La casa ya había quedado para él, él ya se había mudado allí, y todas las cosas estaban como ella las usaba, en los lugares en los que las había dejado. Los objetos olían a ella, una mezcla

de polvo y descanso que siempre me hace pensar en las abuelas.

Yo había entrado a la habitación que nunca se usaba, siempre hay una de esas en las casas de las abuelas porque hace tiempo que han comprado o hecho sus casas, y las habitaciones están allí porque eran de los hijos. Los hijos se van y las habitaciones no.

Esta a la que entré era pequeña, y estaba muy desordenada, con cosas amontonadas sobre el escritorio, los cajones atestados de papeles de la obra social, de cintas de regalos deshechas. El ropero estaba a medias abierto, y a mí me encantan los roperos, es algo de lo que me doy cuenta ahora, así que lo abrí, y miré una por una la ropa colgada o caída: abrigos de lana, polleras, tapados, enaguas, medias, redecillas para el pelo, cajitas con adornos adentro. Nada de valor, es decir, ningún objeto de oro ni nada por el estilo.

Creo que me probé algunos de los sacos de lana, y no recuerdo ahora si me quedé con alguno, creo que sí, pero no lo recuerdo. El ropero tenía tanta ropa y ella siempre se ponía la misma. Tampoco recuerdo a la abuela de Alejandro, qué raro. Dudo ahora si alguna vez la había visto. No lo recuerdo.

Catwoman duerme poco, de eso estoy segura, no es como mi abuela la que cose, que dormía siempre que podía. Lo que más le gustaba en la vida era dormir, ella misma lo decía. Hablo de Catwoman como si fuera una mujer demasiado vieja, y no es así. No debe pasar los sesenta. Parece muy joven y bonita. Tiene algunas arrugas, eso es verdad, pero su rostro es delgado y no se le notan. Siempre ha sido así de flaca, las polleras y las blusas le quedan enormes, pero no le quedan mal, todo lo contrario. También usa saquitos entallados, y algún pañuelo al cuello. Siempre lleva un bolso colgado del antebrazo, un bolso pequeño, de salir; o uno más grande, de hacer los mandados.

¿Con qué alimentará a los gatos? Nunca se ven restos de comida, ni se siente ningún olor, es rarísimo, ya que son tantos. Los gatos la esperan en la ventana que no está tapiada, y no se bajan de ahí, nunca los he visto en la calle, sólo en esa ventana. No sé dónde vive Catwoman, pero no es en la casa de ventanas tapiadas, seguro. Hace días que no la veo.

Por estos días los gatos han enloquecido. Saltan sobre los techos de una casa a otra casi sin descanso. Descansan de día, es verdad, pero por muy pocas horas.

También hay innumerables murciélagos, aunque en invierno se mantienen callados y salen poco. Siempre ha habido murciélagos en la zona, sobre todo en esta manzana, y en verano de noche dan vueltas y vueltas por arriba de los techos; me llama la atención que vuelen tan bajo; son innumerables, creo que más que otras épocas. Me acompañan sus chillidos cuando me quedo despierta de noche; a veces me acerco más a la ventana para escucharlos, sus chillidos me tranquilizan, quién sabe por qué, suenan agudos y dulces. Más de una vez he fantaseado con la idea de encontrar alguno adentro de la casa, aunque no veo cómo podrían entrar; quizás posado en el vidrio de la ventana, como un pajarito. Ya sé que eso no es posible, los murciélagos no se posan en las ventanas, además los gatos deben espantarlos. La mayoría de la gente cree que los murciélagos son animales horribles, pero a mí me fascinan.

No sé muy bien para qué cuento todo esto. Podría suponer, por decir algo, que Catwoman tiene una obvia conexión con los gatos, y que hay alguna cosa en ella que la conecta conmigo. Nunca me he sentido cómoda con los gatos, no tengo esa

fascinación de cierta gente, que los piensa sutiles y oscuros, mediadores con algún extraño y oculto submundo.

Catwoman los alimenta porque está sola. Les habla, es eso, alguien con quién hablar, de quién ocuparse. No hay comunidades de perros de los que ocuparse en el vecindario. A los murciélagos no se los puede alimentar de ningún modo, de ningún modo amigable al menos. Debo concederles algo a los gatos: la capacidad de formar comunidades. Un único gato no es portador de oscuridad, pero sí tres, o diecisiete.

Extraño los murciélagos, puesto que no es verano y salen poco. Los gatos por estos días están enloquecidos, saltan por los techos, se retuercen y me despiertan, hambrientos. He visto sus ojos por la ventana, dos, cinco, nueve pares de ojos. Nunca diecisiete. Supongo que alguna vez se reunirán todos, yo llevo la cuenta de manera precisa, aunque por ahora no me preocupan.

Supongo que tardarán en darse cuenta de que Catwoman no viene, los gatos no extrañan a la gente, no sienten apego por ella. Buscarán alimento por ahí, siempre hay gente a la que le gustan los gatos, aunque por aquí nadie los quiere.

No lo sé realmente, quizás vengan a verlos antes los otros, los que creen que son sutiles y oscuros, y dejan sus ventanas y puertas abiertas. A mí no va a sucederme nada, y si sucede, bueno, entonces tendré que arreglármelas con la oscuridad de la casa, ya no me servirán mis lentes, usaré velas, no lo sé, veré de algún modo cómo hago para tapiar primero la ventana y, en última instancia la puerta. Sólo si es necesario.